

ABISMOS DE PASIÓN

Luis Buñuel, 1954

Sinopsis • Argumento • Reparto • ¡Qué grande es el cine! • Mi comentario

SINOPSIS

Hace años, Alejandro trabajó como yegüerizo en la granja de dos hermanos: Ricardo, que lo trataba como a un esclavo, y Catalina, que lo amaba con locura. Alejandro se marchó en busca de fortuna y ahora vuelve para vengarse de Ricardo y llevarse consigo a Catalina. Pero en su ausencia ella se ha casado con Eduardo. Para herir a los que considera sus enemigos, Ricardo se casa con Isabel, hermana de Eduardo, sometiéndola a un trato inhumano.

ARGUMENTO

Leyenda: «Esta película está basada en *Cumbres borrascosas*, la obra inmortal de Emilia Bronté, escrita hace más de cien años. Sus personajes se encuentran a merced de sus propios instintos y pasiones. Son seres únicos para los que no existen las llamadas conveniencias sociales. El amor de Alejandro por Catalina es un sentimiento feroz e inhumano que sólo podrá realizarse con la muerte. Ante todo se ha procurado respetar en esta película el espíritu de la novela de Emilia Bronté»,

Contrapicado de un árbol recortado contra el cielo. En sus ramas no hay hojas, sólo cuervos. Suenan dos disparos que los espantan. Isabel corre hacia la casa. Entra. Se queja a Eduardo de que su mujer ha disparado contra unos zopilotes sólo por asustarla. Eduardo dice que tampoco a él le hace ningún caso y sigue con su ocupación: extraer una mariposa de un frasco y traspasarla con un alfiler. La crueldad con que Eduardo y Catalina tratan a los animales angustia a Isabel.

Noche de tormenta. Bajo la lluvia, un hombre se acerca a la casa. Es Alejandro que quiere ver a Catalina. La criada trata de impedirle el paso, pero Alejandro rompe el cristal de la ventana. Cuando la criada lo anuncia, Catalina quiere correr hacia la puerta. Eduardo la detiene, recordándole que es su esposa. Alejandro vuelve enriquecido, dispuesto a vengarse. Ni él ni Catalina ocultan la pasión que han mantenido viva durante tantos años de separación. Catalina lo invita a pasar la noche, pero él rehusa: «Voy a vivir con tu hermano en la granja. -¿Crees que te dejará entrar? -No pienso pedirle permiso. Ahora la granja es casi mía». Sale. Catalina se ríe: «Cuando mi hermano lo trataba peor que a los perros, Alejandro me decía que un día acabaría por ser el dueño de todo. ¡Me encanta la gente que consigue lo que quiere!».

Catalina habla con Isabel: «No sé lo que le pasa a tu hermano, no quiere entender. He sido una buena esposa, voy a darle un hijo, ¿qué más quiere? Amo a Alejandro más que a la salvación de mi alma».

Luego va a ver a Eduardo: «Haces mal en ponerte así, yo nunca te he ocultado nada. Cuando te casaste conmigo sabías que no dejaría de quererlo nunca. -¿Cómo es posible que puedas querer tanto a un criado? -¿Y quién tuvo la culpa de que lo fuera? Mi hermano Ricardo que al morir mi padre lo trató como un esclavo. -Y si lo quieres tanto, ¿por qué te casaste conmigo? -Porque él se fue y creí que para siempre. Porque a ti te quería, de otro modo, pero te quería. Además, necesitaba tener un hijo. Tu amor y el mío acabará con la muerte. El que tengo por Alejandro no es de este mundo. -¿Y si yo lo matara? -No te serviría de nada. Seguiría queriéndolo lo mismo después de muerto».

Granja de Ricardo. Un anciano con varias cruces en la mano exorciza al diablo que ha entrado en la casa. Lo acompaña Jorgito, el hijo de Ricardo. El anciano echa un sapo vivo en un brasero que pasean por toda la casa, a manera de sahumero. Ricardo, borracho, zarandea al niño y echa al anciano. Alejandro baja las escaleras y le recuerda que si no le paga antes de un mes, se quedará con la granja. Llegan Catalina e Isabel. Catalina y Alejandro salen a recorrer los sitios a donde iban cuando eran niños, buscando los tesoros que escondían entonces. Alejandro: «Cuando regresé no traía más que un solo pensamiento: vengarme. [Pero] me importas mucho más tú que el odio que les tengo. ¡Vámonos, Catalina! -Voy a tener un hijo de Eduardo. -¿Y qué me importa a mí eso? Lo dejas nacer y después se lo enviamos a él. Pero tú te quedas conmigo. -Es demasiado tarde, Alejandro. ¡Quédate aquí! Lo único que necesito es tenerte cerca. -Yo te quiero sólo para mí». Alejandro destruye los juguetes. Catalina lo mira y sonríe.

Catalina, Isabel y Alejandro van al campo. Catalina hace burla del amor que su cuñada siente por Alejandro, revelando que lleva tres días sin comer y pronuncia su nombre en sueños. Isabel muerde a Catalina en la mano y echa a correr. Catalina advierte a Alejandro: «Ten cuidado. También a ti te morderá si te casas con ella. -Si se atreviera a eso, le arrancaría los dientes uno por uno». Alejandro va en busca de Isabel. La alcanza [corriendo por la cresta de una loma, de la que baja arrastrando el culo por la pendiente] y la besa en el cuello con ferocidad. Catalina los mira y sonríe.

Ricardo visita a Eduardo para pedirle dinero. Despechado por la negativa, dice que Alejandro está saliendo con las dos mujeres. Cuando Ricardo se va, Eduardo pregunta a su mujer: «¿Es verdad que has ido a verle? -Sí. -¿Por qué me lo has ocultado. -Sabes muy bien que no te he ocultado nada. Me has visto salir y sabías adonde iba. -Sí, lo sabía. Si pudiera estar seguro de que me quieres aún. Sufro mucho. Júrame que nunca más lo irás a buscar. -Te juro que nunca más iré a buscarlo». Él besa su mano. Ella le acaricia la cabeza.

Matanza de un cerdo. Isabel y Alejandro se siguen viendo. Sus encuentros se saldan siempre con un beso arrebatado en el cuello de la joven. Catalina pide a Alejandro que deje de verla. Él: «¿Será posible que tengas celos de una muñeca de cera? Además, ¿no te casaste tú con el hermano? ¿Por qué no puedo yo casarme con la hermana? -Porque no estás enamorado y no puedo consentir que la hagas desgraciada. -¡Quiero casarme con ella sólo para que te duela a ti! -¿Y si no me importara? -Sería capaz de degollarme ahora mismo. -[Arrojándole un cuchillo al suelo] ¡Toma! ¡Toma y degüéllate! Porque no me importa». Mientras discuten, llega Eduardo. Catalina los incita a la pelea. Eduardo derriba a Alejandro de un puñetazo y va a por los peones. Profiriendo amenazas, Alejandro escapa por la puerta trasera. Eduardo exige a Catalina que deje de ver a Alejandro. Ella: «¡Quiero morirme! ¡No me volverás a ver!». Y corre a encerrarse en su cuarto. Eduardo culpa a su hermana de lo ocurrido y también a ella le prohíbe que vuelva a ver a Alejandro.

A la mañana siguiente, Catalina sigue encerrada. Alejandro ronda la casa, soportando la tormenta. A través de la ventana, los enamorados se ven. Alejandro fuerza la ventana del dormitorio de Isabel. Vuelve a besarla en el cuello. A la mañana siguiente, María encuentra abierto el dormitorio de Catalina y a su dueña llorando en el suelo. Eduardo manda llamar a un médico. En la habitación de Isabel, la criada encuentra una nota y se la enseña a Eduardo, que estalla: «¡Se ha ido con él! ¡Que no vuelva nunca a esta casa! Para mí ha muerto».

Boda de Alejandro e Isabel. Al salir de la iglesia, ella le besa, pero él la aparta bruscamente. En la granja, Isabel descubre que no dormirá con su marido, sino en un cuarto desvencijado. Además, todos la tratan mal: el niño, el anciano, Ricardo. Isabel suplica a Alejandro: «Me has traído a vivir aquí, donde nadie me quiere. Si aún te queda algo del cariño que me tuviste, ¡sácame de esta casa! -¿Cariño yo a ti? ¿Has visto las arañas debajo de las piedras? Les pones un pie encima y las aplastas. Eso voy a hacer contigo. -Si ya no me quieres, déjame ir. -Has querido ser mi mujer y lo serás. Vas a quedarte aquí, a hacerme la comida y a lavarme la ropa. Y no saldrás de esta casa mientras yo no te lo consienta».

Ricardo, armado de una pistola, dice a Isabel que va a matar a Alejandro. Ella trata de retenerlo, pero rueda por los suelos. Isabel camina toda la noche hasta llegar a la casa de su hermano. Quiere regresar, pero Eduardo la rechaza: «El lugar de una mujer está junto a su marido. Si te dejo volver a esta casa, él vendrá a reclamarte. Y no quiero volverlo a ver». María intercede, pero Eduardo se muestra inflexible: «¡Que nadie me hable de ella nunca más».

De nuevo en la granja, Isabel sirve la bebida a cuatro hombres que juegan a las cartas. Uno es Ricardo. Alejandro interrumpe la partida y los echa. Al salir, uno dice que a Catalina le queda muy poco de vida. Alejandro oye sus palabras y corre a buscar su caballo. Ricardo caza una mosca. La echa en una telaraña. No tarda en salir la araña y devorarla.

Catalina, muy débil, encara el parto convencida de que va a morir. Eduardo: «¿Por qué te empeñas en torturarme? -¿Por qué no dices por qué te empeñas en tener el pelo negro o en ser mujer?». Alejandro ordena a María que facilite su entrada en la casa, apartando a Eduardo del lado de Catalina. Los amantes se abrazan. Ella insiste en la proximidad de su muerte. Alejandro: «Ya sé que te alegra pensar que me retorceré en un infierno horrible mientras tú estás descansando en paz. -No podré descansar en paz. Debajo de la tierra sufriré la misma desesperación que tú. -Me has hecho mucho daño, Catalina. No te lo perdonaré jamás. ¡Mi vida, quiero morir contigo!». La besa en los labios. Entra Eduardo con una pistola en la mano. Catalina se desmaya en brazos de Alejandro, que se vuelve a Eduardo: «Se trata de ella ahora. Atiéndala. A mí podrá encontrarme ahí fuera cuando quiera». Alejandro sale. Eduardo deja caer el arma al suelo.

Catalina ha muerto durante el parto. A la salida de las plañideras, Alejandro pregunta a María cómo fue: «Quiero saber si pronunció mi nombre antes de morir. - No volvió a recobrar el conocimiento. ¡Ojalá despierte en la gloria! -¡Ojalá despierte en el infierno!». Cuando se queda solo, Alejandro camina en la oscuridad nocturna: «Catalina, voy a rezarte una oración hasta que la lengua se me seque. Catalina, ¡ojalá no tengas paz mientras yo viva! Dijiste que te había matado yo. Y los muertos persiguen a sus asesinos. ¡Persígueme! ¡Vuélveme loco! ¡Pero no me dejes solo! ¡No me dejes en este abismo! ¡Catalina, aparécete! ¡Aunque sea para maldecirme!

¡Catalina!». En la oscuridad, sólo le responde el viento, sacudiendo con furia las hojas de los árboles.

Entierro. En la granja, el anciano lee el Cantar de los Cantares. Isabel y Ricardo beben. Hace tres días que Alejandro se fue y no ha vuelto. Ricardo pide a Isabel que lo ayude a matar a Alejandro, que en ese momento llama a la puerta. Isabel se niega a abrirle, pero él entra por una ventana. Incapaz de levantar el arma que empuña, Ricardo dispara al suelo. Alejandro le quita la pistola y lo golpea con ella. Después de eso, Isabel vuelve con Eduardo, que esta vez la acoge.

Ricardo, con la cabeza vendada y la escopeta al hombro, sale en busca de Alejandro, que ha ido al cementerio. Lo sorprende mientras fuerza la entrada a la cripta y dispara, hiriéndolo en el pecho. Herido, Alejandro baja las escaleras, abre el féretro, acaricia las ropas, esconde su rostro entre ellas. A sus espaldas, escucha la voz de Catalina, llamándolo. Se vuelve. La ve, bajando las escaleras, tendiéndole los brazos. De pronto, la imagen se diluye y aparece la de Ricardo, que dispara de nuevo su escopeta. Alejandro cae sobre el cadáver de Catalina. Ricardo sale y cierra la cripta. [Toda esta secuencia se ha resaltado con la música de *Tristán e Isolda*, de Wagner, tan apreciada por Buñuel].

REPARTO

Catalina Irasema Dilian
Alejandro Jorge Mistral
Eduardo Ernesto Alonso
Isabel Lilia Prado
José Francisco Reiguera
María Hortensia Santoveña
Jorge Jaime González
Ricardo Luis Aceves Castañeda

Buñuel aceptó a regañadientes un reparto impuesto por el productor Óscar Dancigers.

"¡QUÉ GRANDE ES EL CINE!", 5/11/2001

José Luis Garci: «Película asombrosa que participa de varios géneros, como puede ser el melodrama, esas ventanas que las abre el viento, con la lluvia al fondo; es como una película de terror, quizá por la influencia de Fritz Lang, que tanto le gustaba a Buñuel, y de *Las tres luces*; y a veces, uno tiene la sensación de que es una película de vampiros, con esa mujer enferma y los besos de Jorge Mistral, que son realmente vampíricos, en el cuello. Participa también de su gran pasión por la ópera. Yo no sé si realmente ha hecho esta película sólo para poner todo *Tristán e Isolda* en la banda sonora. En fin, yo creo que es una obra genial».

Clara Sánchez: «*Cumbres borrascosas* es una novela romántica en el sentido profundo del romanticismo en el siglo XIX, que se puede resumir en la búsqueda de una libertad que no reconoce fronteras, ni siquiera la de la muerte. En España tenemos novelas como *Noches lúgubres*, de Cadalso, anterior a ésta, en la que también el amante quiere desenterrar a la novia para verla. Esta novela entronca con gran cantidad de mitos y leyendas clásicas maravillosas sobre amantes que no

van a poder resolver su amor en esta vida. En ella están Calixto y Melibea, Romeo y Julieta, los amantes de Teruel... *Cumbres borrascosas* no es solamente el delirio de dos personas mentalmente inestables, sino que plantea la verdadera naturaleza del deseo y la pasión, su carácter inagotable. El tratamiento del amor en esta novela no es nada ñoño, sino que pone de relieve la naturaleza humana de nunca poder alcanzar aquello que se desea».

Juan Miguel Lamet: «En la novela, Catalina muere a la mitad, y todo el resto es la necrofilia de él [que la sobrevive dieciocho años]; al poner la muerte al final se pierde el gran valor de la novela, que es el amor después de la muerte».

Miguel Marías: «*Cumbres borrascosas* es una novela inadaptable. Por eso todas las adaptaciones han sido parciales. Pero en *Abismos de pasión* el espíritu está muy bien reflejado. Es como un sueño que hubiera tenido Buñuel después de leer la novela. La adaptación la había realizado ya en Francia, en 1930, y creo que fue una suerte que no pudiera hacerla, porque la habría hecho justo después de *L'age d'or* y habría sido totalmente diferente. Yo creo que ésta es una de las películas en las que Buñuel es capaz de contagiar más al espectador las pasiones de los personajes. Aquí todas las pasiones, desde el amor al odio pasando por el rencor, la sed de venganza o la envidia, están expresadas de un modo que en una producción más rica, o más académica, o más convencional, o más comercial, no hubiera podido. Es quizá la película de Buñuel en la que hay más agitación de los personajes, y más agitación también de la cámara, y crea un ritmo que, igual que los personajes están impelidos por sus pasiones. El espectador se ve arrastrado de una manera directa (...) Desde luego, si uno mantiene una posición de examinador, le puede poner pegos, porque estas películas pobres de la etapa mexicana tienen ciento cincuenta mil pegos desde el punto de vista industrial, pero si uno prescinde de ellas funciona que da gusto».

Juan Miguel Lamet : «A mí, *Abismos de pasión* me parece una película kitsch que les va a gustar muchísimo a los partidarios del desmelenamiento, a los almodovarianos. Pero a pesar de todo, responde más al espíritu de la obra que la de William Wyler. Y, desde luego, vale la pena esperar toda la película sólo por ver el final».

«Los actores están espléndidos» (Garcí). «Hay que amar mucho el cine, darse cuenta de que la película es un milagro: conseguir hacer esto con ese reparto. El propio Buñuel decía que se lo habían impuesto» (Lamet). «Buñuel consigue transmitir la fiebre al espectador a pesar de unos actores a los que se puede poner teóricamente reparos, pero que a pesar de eso funcionan estupendamente» (Marías).

MI COMENTARIO

Buñuel desprecia el pensamiento y la estética de los románticos. Por eso, donde Brontë ve cumbres, él ve abismos. Por eso, también, ridiculiza el personaje de Jorge Mistral (como ya hiciera con el personaje de Arturo de Córdova en *Él*, sólo un año antes). Aquí vuelve a mostrar un protagonista inmaduro, que se enrabieta y patalea sus tesoros de niño, un galán que, a pesar de su arrogancia, baja la pendiente con el culo a rastras, mostrando una falta de garbo irrisoria. Su furia sólo triunfa frente a una mujer, un anciano o un borracho. Y para una vez que se enfrenta al pusilánime Eduardo, acaba rodando por el suelo y escapando de un modo nada airoso.

Que *Abismos de pasión* evidencie un realismo feroz frente al romanticismo me parece bien. Otra cosa es que Buñuel se ensañe también con los animales, no actores, no de ficción, que son martirizados en vivo ante la cámara con una crueldad injustificable: la mariposa acribillada por el alfiler; el sapo arrojado vivo a las brasas; el cerdo degollado; la mosca entregada a la araña. Menos mal que Buñuel no era de los que repiten las tomas.

En España tardó más de quince años en estrenarse: el 5 de junio de 1970, en Barcelona, y el 17 de agosto de 1971, en Madrid.